

[Publicado previamente en *Boletín de la Real Academia de la Historia* 171, Cuaderno 3, 1974, pp. 585-590. Editado aquí en formato digital con la paginación original y sin modificaciones].

## Don Pedro Bosch Gimpera (1891-1974).

Luis Pericot

*En la Junta ordinaria del día 22 de noviembre de 1974, don Luis Pericot leyó la siguiente necrología del ilustre prehistoriador y arqueólogo recientemente fallecido.*

Agradezco vivamente a la Real Academia de la Historia el que me haya concedido el privilegio de traer a esta sesión una semblanza de quien fue mi maestro e ilustre arqueólogo, el profesor Pedro Bosch Gimpera. He seguido durante cincuenta y ocho años, fielmente, a su lado, superando momentos difíciles y ausencias en gran número.

Trataré de ser breve.

Nació el profesor Bosch el 22 de marzo de 1891 en Barcelona, y murió en la ciudad de México, el 9 de octubre del presente año. Alumno del helenista Dr. Segalá recibió la ayuda de la Junta de Ampliación de Estudios, lo que le permitió pasar en las aulas berlinesas parte de los años 1911 a 1914.

Fue en Alemania donde el consejo de Millamovitz-Moelendorf le hizo cambiar de rumbo y pasar de la lengua y literatura helénicas a la Arqueología prehistórica.

Otros hechos importantes se produjeron en nuestro país por aquellos años en orden al progreso de los estudios prehistóricos. En primer lugar la creación en 1914, en Madrid, de la Comisión de Investigaciones Paleontológicas y Prehistóricas. Mientras en Barcelona, Prat de la Riba creaba, en 1915, un *Servei d'excavacions arqueologiques*, dentro del *Institut d'Estudis Catalans*.

Su tesis doctoral sobre la cerámica ibérica fue presentada en 1915. En este mismo año Bosch se presentó a las oposiciones a una plaza del Cuerpo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos, y a la Cátedra de Historia Universal Antigua y Media (curso de inves-

tigación) de Barcelona. En ambas fracasó por la razón de que carecía de la «idea redonda de la asignatura». Por fortuna, en la tercera oposición, en la primavera de 1916, la decidida protección de don Antonio Ballesteros y del general Altolaquirre — así lo cuenta Bosch en la parte publicada de sus Memorias —, hizo cambiar la suerte y ganó la cátedra de Barcelona.

Repetidas veces he explicado la conversión a la nueva ciencia prehistórica de los alumnos de los cursos primeros que asistieron a su clase. Concretamente el 2 de octubre de 1916, día de su primera lección, salimos todos convencidos de que nos dedicaríamos en adelante a la Prehistoria. Lo que en mi fue una verdadera conversión, pues gran aficionado a la Historia, no encontraba gusto en la Arqueología. Nuevos alumnos vinieron a sumarse a los de cursos anteriores. Del primer curso, 1916-17, quedé al final yo solo entre los que seguimos fieles a la nueva dedicación.

Pasaron años felices, ilusionados todos con la elaboración de una doctrina que constituía una novedad. Para lograrla se intensificaron las excavaciones hasta donde los pocos recursos lo consentían; buscando en ellas la confirmación de las nuevas hipótesis. Las grandes síntesis del profesor Bosch iban apareciendo, abarcando no sólo España y Portugal, sino también Francia y otras comarcas occidentales, dándose la debida importancia al mundo mediterráneo. Con mi llegada a la cátedra en Santiago de Compostela, empezó la diáspora de los miembros de la escuela de Barcelona. De las discusiones científicas de aquella época he dado amplios detalles en mi discurso de ingreso ante esta Real Academia.

En 1932 aparece la obra que resume toda la labor creadora de Bosch, la «*Etnología de la Península Ibérica*».

A partir de entonces empiezan los problemas acuciantes. Se luchaba por la creación de un Museo Arqueológico en Barcelona, en uno de los palacios dejados por la Exposición de 1929. Se legislaba sobre Cataluña y su Universidad, que pasaba a ser un organismo autónomo, reorganizando sus viejos aspectos. El profesor Bosch, como rector entonces de la Universidad, hubo de dedicar la mayor parte de su tiempo a la política. Se acercaban tiempos difíciles y al final las dificultades terminaron en una verdadera y cruenta guerra civil.

Al término de ella nuestro maestro estaba ya fuera de España, a la que no habla de volver. Sus discípulos rehicieron el equipo,

pero faltos de su cabeza se dispersaron. Yo pude seguir en Barcelona, a donde había sido llamado en 1933.

Hasta el verano de 1948, en ocasión del III Congreso Internacional de Ciencias Antropológicas y Etnológicas, en Bruselas, no volvimos a vernos aunque estuvimos en correspondencia ininterrumpida. Para él habían pasado unos años llenos de zozobra y de peligro. Tras un curso en Oxford, embarcó con la familia en un convoy, varios de cuyos navíos fueron torpedeados. De México pasó a Guatemala y regresó a México, que había de recogerle definitivamente, tras un paréntesis en París, al servicio de la Unesco.

En los primeros años de su exilio, su producción pareció disminuir. Así traduce al castellano «*La formación de los pueblos de España*», reedita su *Historia de Oriente*. Cuando queda totalmente incorporado y reconocida su posición universitaria, crece su actividad de nuevo y vuelve a figurar en los congresos donde su figura parece imprescindible.

Para comprender sus actividades en esa época hemos de imaginarnos su posición científica dentro de la ciencia americana, en rápida ascensión.

Hasta el final del primer tercio del siglo actual, la Prehistoria americana puede decirse que no existía. Reaccionando contra los numerosos aficionados que llenaban la Arqueología americana con sus fantasías, había surgido una actitud negativa que no se derrumbó hasta la década de los cuarenta. En este ambiente los problemas que la Prehistoria hispana planteaba ofrecían sólo un interés relativo, en el que la posición de Bosch no podía moverse con soltura.

Poco a poco el ambiente científico se modificaba, y llegaría a la última etapa de la vida de Bosch. Sencillamente, América había descubierto que tenía una Prehistoria como la tenía Europa y aun con las mismas raíces que Europa o África. Y que se hallaba abocada a problemas parecidos: glaciario, líneas costeras, etapas de unión de los continentes, con lo que la explicación de la emigración de tribus del Nordeste asiático se mostraba convincente, técnica de la talla de la piedra, etc.

El arte rupestre es uno de los aspectos en que podemos buscar parecidos lejanos, y para su estudio, nuestro maestro, a pesar de su edad, ha seguido una buena parte de los congresos dedicados al arte rupestre americano. Estuve yo en dos solamente, el del No-

roeste de México y el de Río de Janeiro (1971 y 1973). Por mi parte conocía de visu el arte rupestre de las zonas meridional y septentrional de África. Al Congreso de México, a principios de septiembre de este año, no me atreví a asistir tras unos meses muy cargados de viajes y trabajo. Pero un mes antes de su muerte aun me escribió para contarme lo que había sido y el interés que tuvo el Congreso de Americanistas en la capital azteca. Creo que estos congresos habrán sido un glorioso final para una vida como la suya y con su amplia base de conocimientos del tema, como pocos arqueólogos han podido resumir, nos dejaba a los demás con poco espacio para nuestros argumentos.

Estuvieron además rodeados de detalles pintorescos o emotivos como la entrega que le hice en Río de Janeiro, por encargo del Rector de la Universidad de Barcelona, de la medalla de oro que le correspondía por haber sido rector en dicha Universidad.

En Hermosillo, había que visitar la pintura de «La Pintada», una especie de cabra en rojo sobre una roca en un árido barranco del desierto de Hermosillo. Sedientos y llenos de polvo llegamos al pie del barranco. Yo tenía la secreta esperanza de que el profesor Bosch se rendiría por el calor y podría quedarme al pie del barranco para hacerle compañía, pero se empeñó en ver la figura y no tuve más remedio que subir con él, monte arriba.

Cuando los investigadores norteamericanos comienzan a aceptar para sus países la realidad del Paleolítico, se inicia con ello otra investigación. En esa etapa se incluyen facetas que se acercan una vez más a los yacimientos del Viejo Mundo. Con este cambio el profesor Bosch se habrá encontrado en su vejez como uno de los prehistoriadores americanos más al día y buen conocedor de los problemas de la Edad de la Piedra.

El poblamiento de América aparecía por fin en toda su claridad. Digamos para ser modestos, que el padre Acosta, en el siglo XVI, lo había adivinado tan claramente como lo han hecho los investigadores del siglo XX. Y casi sin esfuerzo por su parte, la Prehistoria de América pudo ser comprendida y comparada con la europea, y sobre tales relaciones pudo ya el profesor Bosch moverse con suficiente autoridad.

Examinemos algunos de los puntos concretos que Bosch mantuvo hasta el final de su sistema y que las generaciones jóvenes discuten. El más destacado, por ser el que más disputas ha ofrecido

hasta llegar a crear enemistades personales, es el de la cronología del Arte levantino, que aparece con una acritud que no se ha agotado todavía. A raíz de que Cabré lo descubriera, Breuil, Obermaier y otros autores sostuvieron que cronológicamente era paralelo de las pinturas en las cuevas cantábricas. La razón principal era mostrarnos el ambiente propio de los pueblos cazadores de la primera edad de la Piedra. Luego, los propios autores españoles, como Duran y Sampere, Cabré, Hernández Pacheco, entre otros, basándose en la presencia de figuras humanas formando escenas no sólo de caza, sino de guerra, danzas, vida doméstica, etc., imaginaron una fecha más moderna, mesolítica cuanto menos, llegando a tiempos próximos al Neolítico e incluso extendiendo su cronología hasta la Edad del Bronce, como ha defendido Jordá. Lo que habíamos tomado como perduración de un arte naturalista pasaría a ser un arte esquemático y simbólico, emparentado con pinturas micro-asiáticas. Difícil es, con las discusiones actuales, defender la posición de nuestros maestros.

En pocos días han desaparecido dos de los más calificados entre los que seguían la ortodoxia de Breuil y de Obermaier. Me refiero al pintor Juan B. Forcar, acompañante de Breuil en sus prospecciones de 1935 por las sierras de Ares del Maestre, y el profesor Bosch. Queda sólo, hasta donde se me alcanza, R. Lantier, como aislado defensor de la vieja teoría.

Frente a ella se levantan una serie de objeciones de mucho peso, y todo mi afán consiste ahora en salvar lo que se pueda de las envejecidas hipótesis, en las que creo firmemente que hay algo de verdad como lazo de unión entre estilos alejados entre sí.

El tesón que Bosch demuestra al enfrentarse con sus contradictores es admirable, lo que no impide que muchos de ellos sean sus amigos y gusten llamarse discípulos suyos. Su fecundidad ha crecido en estos últimos años, como si temiera no poder dejarnos todas sus memorias personales y sus hipótesis. Recordamos su libro polémico sobre el problema indoeuropeo, *El mundo rupestre en las distintas regiones del Mundo*, en «Cuadernos americanos» (6, Méjico, 1973), su libro sobre la *"América precolombiana"*, traducida ya al italiano y al francés. Recientemente — no ha llegado todavía a mis manos — se editó un volumen conteniendo su libro sobre la formación de los pueblos de España, con otros ensayos sobre temas afi-

nes. Sabemos que en Méjico se prepara una biobibliografía completa, lo que constituye un gran acierto.

La lista de temas controvertibles es tan larga como queráis, si seguís sus hipótesis. ¿Hay una o varias invasiones indoeuropeas? ¿Cuál es la cronología de las distintas especies del vaso campaniforme? ¿Hemos de seguir o no a Avieno? ¿Qué hay de occidental en el megalitismo? ¿Cuál es la verdadera relación entre iberos y vascos? y así *ad infinitum* ...

En la reunión de los comités de la Unión de Ciencias Prehistóricas y Protohistóricas que se celebró el pasado septiembre en Ferrara, nos dimos cuenta de que tanto el profesor Bosch como el profesor Lan tier eran casi un mito para los jóvenes arqueólogos al ser los únicos supervivientes del grupo que hace cuarenta años organizó estos congresos en su forma actual. Se acordó otorgarles a ambos el título de presidente honorario y vitalicio del congreso. El 4 de octubre se clausuraba la reunión de dichos comités, y el día 9 moría el Dr. Bosch, al que así no pudo alcanzar la noticia del honor extraordinario que se le había concedido.

Repetidamente hice todo lo posible para que volviera por lo menos a visitarnos. Gustoso le hubiera cedido mis puestos, que en realidad yo detentaba por su ausencia.

El mayor mérito del profesor Bosch fue el que una ciencia tan movediza y engañosa mantuviera el armazón de la Prehistoria hispana a lo largo de medio siglo. Estos últimos años ha tenido que luchar muchas veces contra corriente, ya que ha defendido hipótesis que la actual generación no acepta ya.

Muerto Bosch, su sistema será sin duda atacado más fuertemente. Me correspondería defenderlo. Ni mi edad ni mi escepticismo van a permitírmelo. Queda la esperanza de que más de una vez tengamos que decir o que tengan que decir, . . . «pero si esto ya lo dijo Bosch . . .»

LUIS PERICOT.